

Entrevista con Franco Basaglia

A los veinte años de la muerte de Franco Basaglia, ¿cuál es el balance de sus propuestas antimanicomiales o, si se quiere, de esa actividad suya, crítica y liberadora, que ha tenido tantos efectos en la psiquiatría italiana y europea? El debate podría iniciarse este año –murió en Venecia, el 29 de agosto de 1980–, como homenaje a una figura para quien tanto las palabras ‘psiquiatra’ como ‘antipsiquiatra’ carecían en realidad de sentido, para quien se trataba ante todo de que la gente aceptara la propia locura sin temor y que se la considerase incluso como una «propiedad social común». Basaglia, director del Hospital psiquiátrico de Gorizia, desde 1961, dio a la imprenta un famoso libro colectivo *La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*, que fue publicado por Einaudi en una fecha destacada, 1968, y también fue de inmediato difundido en España, una vez más, por Barral Editores (1970). Por esos años entregó, asimismo junto con los colaboradores de su proyecto antiinstitucional, dos libros más, *Che cosa è la psichiatria* (1967) y *Morire di classe* (1969).

Al cerrar su prólogo a *La institución negada* escribía Basaglia: «Resulta demasiado fácil al *establishment* psiquiátrico definir nuestro trabajo como falto de seriedad y de respetabilidad científica. Este juicio sólo puede halagarnos, puesto que en fin de cuentas nos asignaron toda la falta de seriedad y de respetabilidad atribuida desde siempre al enfermo mental, así como a todos los *excluidos*». Por añadidura, sus experimentos iniciales tuvieron su eco en Trieste, cuando, muy pocos años más tarde, logra pasar de 1.200 pacientes a 400, la mayoría de ellos ancianos o gente ya desarraigada a quienes sin embargo irá proporcionando otro alojamiento. Su movimiento emancipador tuvo unas consecuencias decisivas en los setenta europeos.

A propósito de las experiencias extranjeras (americanas, francesas, inglesas), sobre las que había reflexionado a la par que desarrollaba su trabajo en la Italia subdesarrollada, añadía: «Las únicas alternativas posibles son o la de encerrarse en el ámbito institucional –con la inevitable involución de un movimiento dinámico que así se fija y se cristaliza– o la de tratar de ampliar nuestra acción a la discriminación y a la exclusión que la sociedad ha impuesto al enfermo mental. ¿Cómo no remontarse de lo excluido a lo excluyente? ¿Cómo actuar desde dentro de una institución sobre aquello que la determina y la sostiene?».

En 1980, el Parlamento italiano acababa de aprobar la llamada «ley 180» que impedía a el internamiento sin la aquiescencia personal, y dictaminaba la progresiva desaparición de los manicomios. A ella que se refiere Michelangelo Notariani, el autor de esta entrevista (y de las siguientes palabras introductorias), que fue rea-

lizada muy poco antes de la desaparición de Basaglia. Tenía este gran *psiquiatra-moralista* 56 años de edad y, como se ve, su vida profesional y su trabajo como activista se proyectaban hacia el futuro. Hoy, por encima del lenguaje de sus textos o de sus palabras –tan políticamente marcados, como es propio de los setenta–, se aprecia un dinamismo en la ‘acción curativa total’ que es propio de la mejor tradición psiquiátrica.

«Hace tiempo, hablando del Basaglia político, nació una especie de *slogan* que incluso llegó a adquirir una pequeña notoriedad. Sucedió que un grupo de autónomos –paduanos por más señas–, se proponían impugnar un convenio internacional de médicos que se celebraba en el hospital ‘liberado’ de Trieste. Franco Basaglia supo aguantar bien el tipo. Como se decía entonces en el seno del movimiento obrero, no aceptó la provocación, supo responder a la violencia sin recurrir a la exclusión, a diferencia del psicoanalista Abraham. Llegó incluso a exponerse personalmente a la violencia, aunque fuese una violencia simbólica. Y salió bien de la prueba. Supo transformar una ocasión que amenazaba en convertirse en cultura, mejor dicho, en aquella forma de cultura que ha cristalizado en la ideología de la política tradicional, en una experiencia de la contradicción. La transparencia del discurso científico, esa weberiana *valoración* que excluiría tanto la subjetividad explícita de quien habla como la subjetividad profunda de quien está escuchando, se convirtió, por obra y gracia suya, en un encuentro explícito de subjetividades comunicantes, incluso en su choque mutuo. En su enfrentamiento, la palabra había resultado victoriosa ante la escritura. Estábamos en 1977, y hablábamos por entonces precisamente del Basaglia político. Tres años más tarde, Basaglia asume, por primera vez, un papel formalmente político: el de coordinador de los servicios psiquiátricos de la región del Lazio. Vuelve a estar en Roma: abandona los márgenes y regresa a la capital. Así ha pasado una página y, en cierto modo, ha inaugurado una segunda fase de su experiencia pública netamente distinta de la primera. El antes psiquiatra antipsiquiatra se va a convertir tal vez en un político *antipolítico*.

»Basaglia ha sido descrito como un personaje impulsivo e incluso aventurero. Y, sin embargo, esta nueva etapa de su vida estaba ya descrita y lúcidamente prevista desde hace más de diez años. En *La institución negada*, de 1968, una fecha que quizás suene a más de uno, ya estaba todo. ‘La realidad manicomial –decía en este libro– ha sido superada, y nadie sabe cuál será el próximo paso’. Desde entonces, ha sido preciso cargarse, la misma paciencia que hubo que emplear frente a los autónomos de Trieste, que no son precisamente los únicos ante los que es preciso acudir a esa virtud. Entre tanto, y en el marco de este enfrentamiento con la impaciencia de la palabra escrita, se encuentran Parma y Arezzo, Gorizia y Reggio Emilia, Ferrara, Perugia y hoy, asimismo, Génova y Turín. Y en cierto modo por encima de todo ello está la victoria y el desafío de la ‘ley 180’.

que sólo dice una cosa: que no hace falta construir más manicomios, que no hay que internar el sufrimiento en un asilo.

»Hace poco Basaglia volvió a hablar del manicomio, y lo hizo precisamente a propósito de ‘su’ ley y de las ambigüedades en ella implícitas. Elogió el manicomio, pidió que nadie lo olvidase, previó y sugirió que toda la lucha en defensa de esta ley y de su puesta en práctica tenía que desarrollarse en torno al objetivo, cargado aún de todo su contenido, de la destrucción del manicomio. ‘En él hemos aprendido todo lo que sabemos, en él empieza nuestra cultura, en él hemos descubierto el nexo radical existente entre el sufrimiento y la opresión’. Hay algo que, en realidad, le activa: el sufrimiento y la rebelión. Hace más de diez años hablaba ya, y se irritaba cuando lo hacía de los riesgos que comporta la territorialización de la asistencia psiquiátrica, de los riesgos de las comunidades terapéuticas a lo Maxwell Jones y de la política sectorial francesa, de esa medicalización difusa y de la imagen sesentayochesca del sistema como institución total de la tolerancia represiva. Riesgos éstos de los que todo el mundo es consciente hoy, y no sólo en el contexto de la ‘ley 180’».

Se vislumbra aquí la política como dimensión crítica respecto a las prácticas del saber especializado y respecto a las negociaciones abstractas y puramente internas de este saber. La política como rasgo distintivo de la experiencia italiana con relación a las experiencias antipsiquiátricas de otros países más avanzados. Basaglia viene ahora a Roma, asume una misión política. Y aquel problema se convierte explícitamente en el problema central, que es el punto en el que se inicia nuestra conversación.

Es un problema sin duda. Y esta vez es un problema para quien me delega esta función sobre todo. Al menos en cierto sentido lo es, pero no mucho con respecto a nuestra historia de este decenio, inseparable ya de la experiencia y de la historia del movimiento obrero y de la izquierda, incluso de la izquierda constitucional, de la contradicción entre el reformismo de la delegación a los técnicos en pro de una psiquiatría mejor y más moderna, y la realidad de la crisis del reformismo del estado asistencial, de la generalización del sufrimiento y de su emergencia como problema en la condición marginal del individuo excluido. Estamos aún en los comienzos de este proceso, y yo no me limito a esperar; me siento optimista... Lo afirmo pensando en que el sufrimiento psíquico ha sido objeto de la experiencia del movimiento obrero moderno desde el momento mismo de su surgimiento, en que el manicomio es también un fragmento –y un fragmento decisivo–, de la historia del movimiento obrero, aunque nadie diese cuenta de ello hasta que el manicomio empezó a declinar. En el fondo, nosotros sólo representamos un momento de enlace entre lo que está a punto de desaparecer y lo que todavía tiene que nacer; y ello vale para toda la situación italiana.

El tiempo, la teoría, la cultura, la dimensión que conserva la experiencia y la convierte en memoria, en dato utilizable y capaz de mantenerse en situaciones cambiantes. El discurso remacha una y otra vez este mismo clavo, al que Basaglia vuelve continuamente, desde siempre, porque es su contradicción, la de su papel y la de su persona. Basaglia no está dispuesto a ceder en este punto. Casi tan obstinado y prudente como Galileo y tan indiferente como él a las falsificaciones de la ciencia y de la experiencia, como él anarquizante y utópico, como él fiel a un experimento que en nuestro siglo está una vez más cambiando de sentido, Basaglia habla de los balbuceos de una nueva ciencia que está naciendo pero a la que no hay que darle prisas, so pena de verla recuperada por la cultura de la opresión.

En los últimos años, y desde lugares muy distintos, me han reprochado que no hiciese teoría, me han acusado de dejar sin colmar un vacío que yo no considero vacío. No me he defendido: he defendido, he aceptado el riesgo de la práctica. Si no hubiese aceptado este riesgo, no hubiese hecho más que reciclar inevitablemente la vieja teoría, la de los textos y manuales de los que procedo. Habría dado satisfacción a una de las formas del narcisismo intelectual, habría traducido las nuevas experiencias a un código y a un lenguaje que habrían permanecido inmutables.

Más adelante me diría que detestaba el lenguaje escrito, casi como si fuese un vacío que petrificara en una dimensión lineal la pluralidad de voces de una asamblea y que conduce necesariamente a la exclusión de lo que por definición es minoritario: el loco, el extraviado explícito, y con ello la teoría perdida que se niega a sí misma.

No creo que se pueda conocer más que empíricamente un lenguaje que existe en la relación, sin negar la opresión. Es un problema de códigos, y no sólo de códigos que de hecho son exclusivos de quien detenta poderes y privilegios, sino de códigos que en sí mismos constituyan un poder y un privilegio, que encubren el hecho de la opresión y de la expropiación. Piensa tan sólo en quienes en Chile se salvaron porque sabían que en las embajadas extranjeras había quien podía protegerles de la muerte, porque conocían un código que otros no podían conocer y que por ello murieron torturados. Destruir el manicomio significa también destruir, concretamente, un código y un lenguaje que han surgido en el manicomio y para el manicomio. Esquizofrénico, paranoico, las mil y una formas de la taxonomía manicomial. Mientras he estado entre libros y clínicas, he vivido en el círculo mágico de estas palabras sin poder especificar el lugar del que procedían, su sentido primario en una experiencia precategorial, la de la opresión absoluta, la de la negación total de la conciencia del otro, todos aquellos momentos que en la experiencia común son mediatizados sin llegar a la contradicción radical.

Es éste un discurso sobre la psiquiatría y contra la psiquiatría, pero es también un discurso que a partir de la radicalidad de la experiencia psiquiátrica llega a asumir el papel totalizador de la cultura, su papel de exclusión y fijación de privilegios. Es éste un tema que reaparece insistentemente en los debates de los últimos años. ¿Existe una cultura de los oprimidos y de los esclavos? Mao Zédong se lo preguntó y al parecer se contestó del modo más radical: la cultura es toda ella una cultura de los esclavos y de los oprimidos, precisamente porque es una cultura de la opresión y de la expropiación. Otros han idealizado las culturas residuales –las culturas «otras», las conservadas al margen de y contra la historia– y las han convertido en materia de reivindicación y de estudio. Basaglia desconfía de estas experiencias, sabe que en el seno de la cultura del oprimido hay siempre el sello de la opresión, que la opresión es una relación deformante para ambos sujetos, y que sólo en la puesta en cuestión de la relación, con la rebelión y la lucha que la sigue, hay una posibilidad de reapropiarse del saber alienado.

Soy consciente de que sigo inmerso en las redes de la ideología y de la falsa conciencia, en la contradicción entre ideología y utopía. Mi presunción es la de haber construido un modelo utópico que puede ser aducido como ejemplo, pero no plenamente expresado sin reconciliarlo consigo mismo y con el mundo... En cierto sentido, he partido de una negación de la cultura de la pobreza. La psicología fenomenológica, que es la cultura de la que provengo, afirma la pobreza como valor. Yo digo miseria, miseria psíquica, miseria de clase, y me niego a convertirla en materia de contemplación. Esto es lo que hace la ciencia: hablar de casos logrados, de soluciones elegantes, adjetivos estetizantes y contemplativos. Tanto Lukács como Einstein, desde puntos de vista muy diferentes, han observado este aspecto estético de la ciencia... Y piensa en el mortífero esteticismo de cierta antropología, piensa en un Oscar Lewis y en sus estudios sobre la pobreza. Yo hablo de la revolución; y sólo en el seno de la revolución puedo hablar de miseria y de sufrimiento psíquico. Si no lo hiciese así, caería en el naturalismo y en su aceptación de la muerte.

Volvemos al tema inicial, a riesgo de olvidar el manicomio y de renunciar con ello a destruir sus raíces, territorializándolo en vez de eliminarlo.

Hace diez años arrancamos precisamente de aquí, del interés y de la polémica con el sector francés y con la comunidad psiquiátrica de Maxwell Jones. Hoy el Estado asistencial está en crisis en todas partes, no sólo en Italia (si es que aquí ha llegado a nacer alguna vez) y por ello esta polémica es más actual que nunca. En el fondo de esta crisis arrancan fenómenos como el terrorismo, la otra cara de un Estado que ya no marginaliza la diferencia desviante, sino que la convierte en el principal enemigo para imponer la exigencia de una pacificación general. En cierto sentido nos equivocábamos cuando pensábamos en la psiquiatrización del territorio y en la institución total generalizada como algo carente de contradiccio-

nes. También ésta era una imagen ideológica –la misma que se forman el Estado y los terroristas– una imagen pacificadora, una imagen que sólo sirve para encastrar la dinámica de la lucha entre cuatro barrotes. El doble mensaje que hoy nos dirigen: trabajad sobre el terreno, contra el sufrimiento de la exclusión, sed los promotores y los instrumentos de la exclusión generalizada y de la dependencia universal, lo acogemos como un desafío lanzado a la capacidad dialéctica del movimiento de liberación.

Al oír estas palabras, me viene a la mente que hace cerca de diez años, en un encuentro londinense sobre la dialéctica de la liberación, oí a quien precisamente es el autor de la teoría del doble mensaje y del doble vínculo, el psiquiatra, antropólogo, etólogo, cibernético, naturalista Gregory Bateson. En el 68 parecía que estuviese hablando de otra cosa. Hoy, estos temas, el doble vínculo como causa de esquizofrenia y de creatividad, se han convertido en problemas políticos muy concretos. Tal vez tenga razón Basaglia cuando se declara optimista, cuando se considera que en este terrible decenio no todo se ha perdido, e insiste en el término «dialéctica».

Lo uso tanto como un *slogan* como en un sentido científico, y también en ello se encierra una contradicción. Pero la contradicción, la dialéctica son formas de liberación, mientras que la enfermedad, la muerte, la opresión constituyen la negación de la dialéctica. Si no asumo la contradicción, estoy en manos del otro, retrocedo al simple nivel de cosa en manos de otro... Esto se comprende perfectamente en el manicomio, que, en cierto modo, es el único lugar en el que, apenas entras, te sientes libre de la enfermedad, que ya no te pertenece, ya no es tu problema. Entre nosotros está también la institución de la Iglesia, que libera al hombre del sufrimiento. Pero esta experiencia nuestra, italiana, nos ayuda a comprender mejor un dato esencial en la experiencia de otros países, que hoy puede sernos muy útil, con el cual es preciso que nos confrontemos. Me refiero a la tradición filantrópica anglosajona, que casi no existe entre nosotros, con su individualismo y su espontaneidad extrainstitucional. También aquí hay una ambigüedad: es la ayuda al otro considerado como objeto, un sufrimiento propio encubierto bajo una capa de moralismo, una defensa de sí mismo que es violencia sobre el otro, el pobre, el asistido, el indigente. Algo parecido se encierra en el aspecto más defensivo y estático de un término que, sin embargo, es un ingrediente consubstancial de la tradición obrera: la solidaridad, en virtud de la cual uno defiende la supervivencia del otro por temor a verse mañana en idéntica condición, pero sin lograr con ello una auténtica transformación conjunta.

Basaglia afirma que en estos momentos siente la necesidad de una forma de voluntarismo laico, incluso entre nosotros, incluso dando por descontado el peli-

gro de la filantropía. Lo advierte como exigencia de su trabajo, especialmente de aquél que está a punto de poner en marcha, y tal vez ésta sería la forma de activar las contradicciones del individualismo en el seno de las contradicciones de la institución.

Es un poco el problema que plantea Panella, una exigencia a la que debe hacer frente la izquierda obrera, asumiendo incluso el peligro potencial de desarrollar una política casi conductista, absolutamente fundada en el par premio/castigo, como la llevada a cabo por el partido radical. Pero es también un problema más profundo, el de la dialéctica entre arcaísmo y modernidad, un problema que se da en todas las sociedades burguesas industrializadas. En el fondo, el manicomio sigue siendo el ejemplo más impresionante de lo que afirmo. El manicomio es la institución más moderna, el lugar clásico de la modernidad en donde la relación interhumana como tal se organiza y se convierte en una cosa anónima en el marco de la institución. Pero el manicomio es también más arcaico, no sólo por la miseria y el horror que contiene, sino porque nada en él es racional, todo queda allí reducido a una mera relación de opresión entre individuos, todo es informalidad y arbitrariedad individual, como en una generalización de los aspectos informales y clandestinos del subsuelo ineliminable de la racionalidad de la fábrica.

Basaglia vuelve insistentemente al tema del manicomio como experiencia que ilumina toda la realidad de la sociedad, también y sobre todo en esta época postindustrial y postmanicomial.

Un periodista que trabajaba para un periódico de la FIAT me pidió en cierta ocasión una definición de la enfermedad. Le dije que fuera a pedírsela a Agnelli, que es el único que al parecer sabe quién está enfermo y quién no, ya que él es quien impone las reglas según las cuales uno puede o no puede asistir al trabajo... En el fondo, la psiquiatría siempre ha sabido que el enfermo es aquel que no tiene *capacidad de trabajo*. Pero el problema está en saber administrar la propia enfermedad, la propia locura. He conocido a la hija de un célebre profesor de una facultad de medicina, que todos consideraban esquizofrénica y que ha vivido años y años circulando de una clínica a otra, y que sin embargo siempre ha sido capaz de mantener una relación con los demás, con una conciencia de su propia capacidad de reflexión. El demente de Kraepelin, el que ha perdido totalmente su conciencia, el auténtico muerto en vida, sólo existe en el manicomio, es un producto de la miseria y de la expropiación total, de una situación de clase llevada hasta sus más extremas consecuencias. Incluso en el manicomio subsiste en cierto modo la conciencia y la relación con el otro. ¿Qué es la violencia del loco sino la afirmación obstinada de la propia conciencia y de la propia voluntad de comunicación, incluso dentro de la más extrema miseria? Y la explosión de la violencia en la sociedad contemporánea, la denominada violencia urbana, ¿acaso no expresa también un

problema de este tipo, la pérdida de una relación comunitaria y la imposibilidad de toda recuperación al margen de una lucha de nuevo tipo, de la que no conocemos aún todas las claves?

Habla de nuevo sobre las motivaciones de la nueva tarea, la novedad de la asunción del sufrimiento psíquico como tema político cualificado por parte del movimiento obrero.

A finales del siglo pasado, la burguesía consiguió separar al proletariado del desviado, logró comprometer a la propia clase obrera en su visión científica y naturalizante del sufrimiento. La clase obrera de Marx todavía estaba formada por mujeres al límite de la prostitución, por niños raquíuticos al borde de la supervivencia, por hombres adictos al alcoholismo y a la degradación. Era la época de la plusvalía absoluta y del riesgo real de extinción física de un proletariado que vivía muy por debajo de un mítico salario de subsistencia. La familia obrera no existía: en la clase obrera, la familia se había esfumado, como se habían esfumado para el obrero la patria, la propiedad, la religión, la moral. Después vinieron las ocho horas, la alianza entre la filantropía y el socialismo, la reconstrucción de la familia obrera y de la moralidad obrera. El proletariado pagó este tributo en aras de la supervivencia. Pero fue tan sólo una fase breve e inestable, la nueva familia no sólo es ya centro de producción, sino que se ve expropiada tanto de las funciones educativas como de la gestión del cuerpo de la salud. El hospital y la escuela se generalizan. La familia se convierte en el centro del consumo y de la afectividad residual. El resultado de todo ello es la distinción entre necesidades primarias y secundarias en virtud de la cual la conciencia, que en el hombre es necesidad y condición de todo lo demás, se convierte en un lujo, incluso en el mayor de los lujos. Ello es consecuencia de una división del trabajo que confía al proletariado la actividad instrumental y tiende a negarle toda forma de acción simbólica que no sea marginal y en cierto modo privada.

El 68 nos ha mostrado lo que una cosa así podía durar. La contestación juvenil ha acabado de destruir a una familia que ni siquiera se ha defendido porque no tenía nada que defender, que estaba ya íntima y sustancialmente muerta. Padre y madre se han ido cada uno por su lado, los hijos se han lanzado por la vida de la droga. Tal vez sea éste, por lo menos implícitamente y casi simbólicamente, mi objetivo: que el movimiento obrero redescubra que no sólo de pan vive el hombre, que la lucha por la supervivencia de una conciencia, que el problema de la subjetividad o de la identidad es, para los oprimidos, tan material como el problema del sustento. Marx lo sabía: lo dice en los *Manuscritos*, en *El capital*. Nosotros lo sabemos hoy mejor y más concretamente que él.

De la cuestión de la droga se habla mucho últimamente. Tal vez sea éste el nuevo desafío que tendrá que recoger Basaglia si es cierto que el alcohólico ha

sido la presencia típica del sufrimiento manicomial mientras que el toxicómano, el heroinómano, tiende a convertirse en expresión típica del nuevo sufrimiento psíquico de masas, esta vez sobre el terreno.

El drogado es perfectamente homologable al loco. También en él se da la necesidad de destruir una parte de sí mismo; es una muerte prolongada que no siempre es muerte física, es una exclusión impuesta y aceptada. En cierta medida, en el problema de la drogadicción está en juego la cuestión de la dependencia general y de la medicalización de todos en la institución capilar de la tolerancia represiva. En este contexto deben entenderse ciertas propuestas de legalización que presentarían la exclusión como opción y la dependencia como modelo universal de comportamiento. Y precisamente en este campo debemos batirnos contra el modelo general de la dependencia, desde los fármacos hasta el alcohol, desde el tabaco hasta los objetos de consumo más o menos de lujo. Es un territorio nuevo, una contradicción reciente, que los técnicos no demonizan ni subrayan acaso porque en ella es posible leer lo que hay de común, de ligado a un modo de vivir, de trabajar, de consumir, de entender la efectividad, o mejor dicho, la negación de la afectividad.

En el jardín en el que estamos sentados comienza a anochecer. Le pido que me hable un poco de él, de esa trama de historia personal y familiar, de lecturas y experiencias colectivas vividas que determina una individualidad. La individualidad está en entredicho en el seno de su movimiento; sin embargo, Basaglia la ha usado como instrumento y a veces como bandera.

Creo poder afirmar que siempre he luchado, ante todo, contra mi propia opresión y contra el privilegio que era mío sólo en la medida en que constituía la otra cara de esa opresión. Mi estrategia nace de aquí, y no quiero ni puedo ocultarlo... Por supuesto, sé que puedo engañarme, sé que hay un perenne peligro de mala fe, en mí y en este juego de negación y afirmación del poder. Pero también sé que las personas como yo pueden perderse si olvidan aunque sólo sea por un momento el temor de la indignación. Si lo hubiese olvidado, me habría perdido y habría inventado otra técnica. ¿Te acuerdas de mis argumentos sobre el rechazo de la seriedad? Algo queda de ello, forma parte de mí... Yo lucho por Eros y contra Tánatos. Tengo que engañar a un heroinómano si quiero hablar con él y no darle un electrochoque. No soy una persona burda. Me gusta ponerme a prueba tanto en la amistad como en el trabajo o en la política. Y el trabajo, tal y como lo he venido practicando hasta hoy, ha sido una buena terapia.